

Figura 19.4**.—A la izquierda se muestra el escalamiento multidimensional (EMD) de diez poblaciones de la península ibérica, mientras que a la derecha se presenta la distribución de poblaciones españolas (excluyendo Euskadi) y europeas (incluyendo Francia, Italia y Rusia). En ese segundo caso se observa dónde encajan los individuos vascofranceses y vascoespañoles.

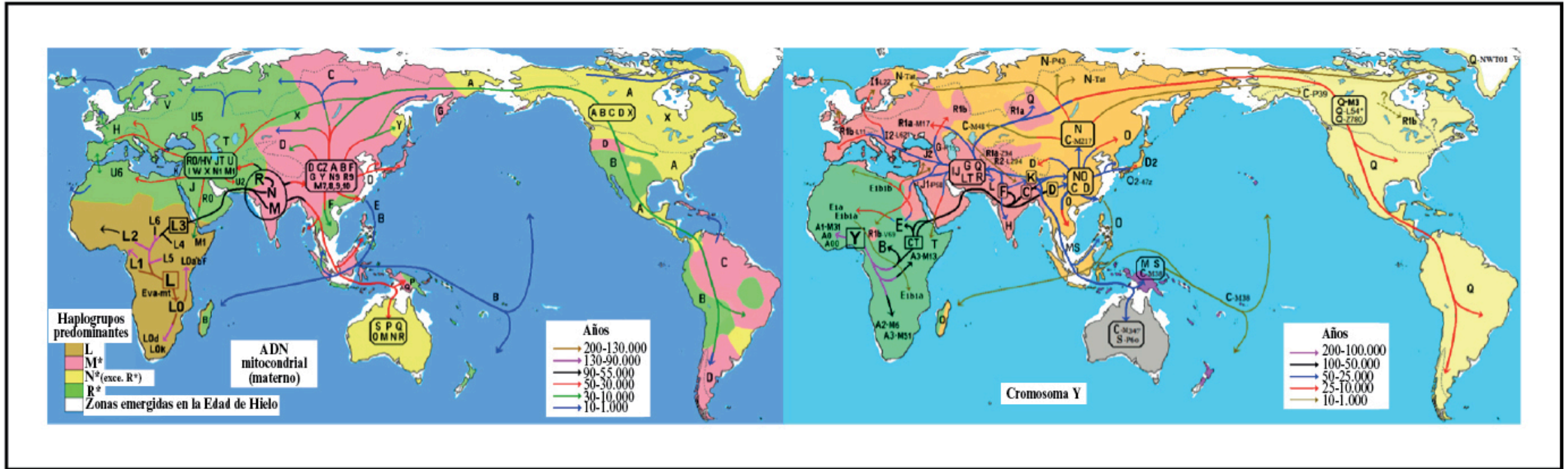


Figura 19.5**.—Izquierda: haplotipos según el ADN mitocondrial transmitido por las madres de generación en generación, desde la Eva africana. Derecha: haplotipos según el cromosoma Y que se transmite por los padres de generación en generación.

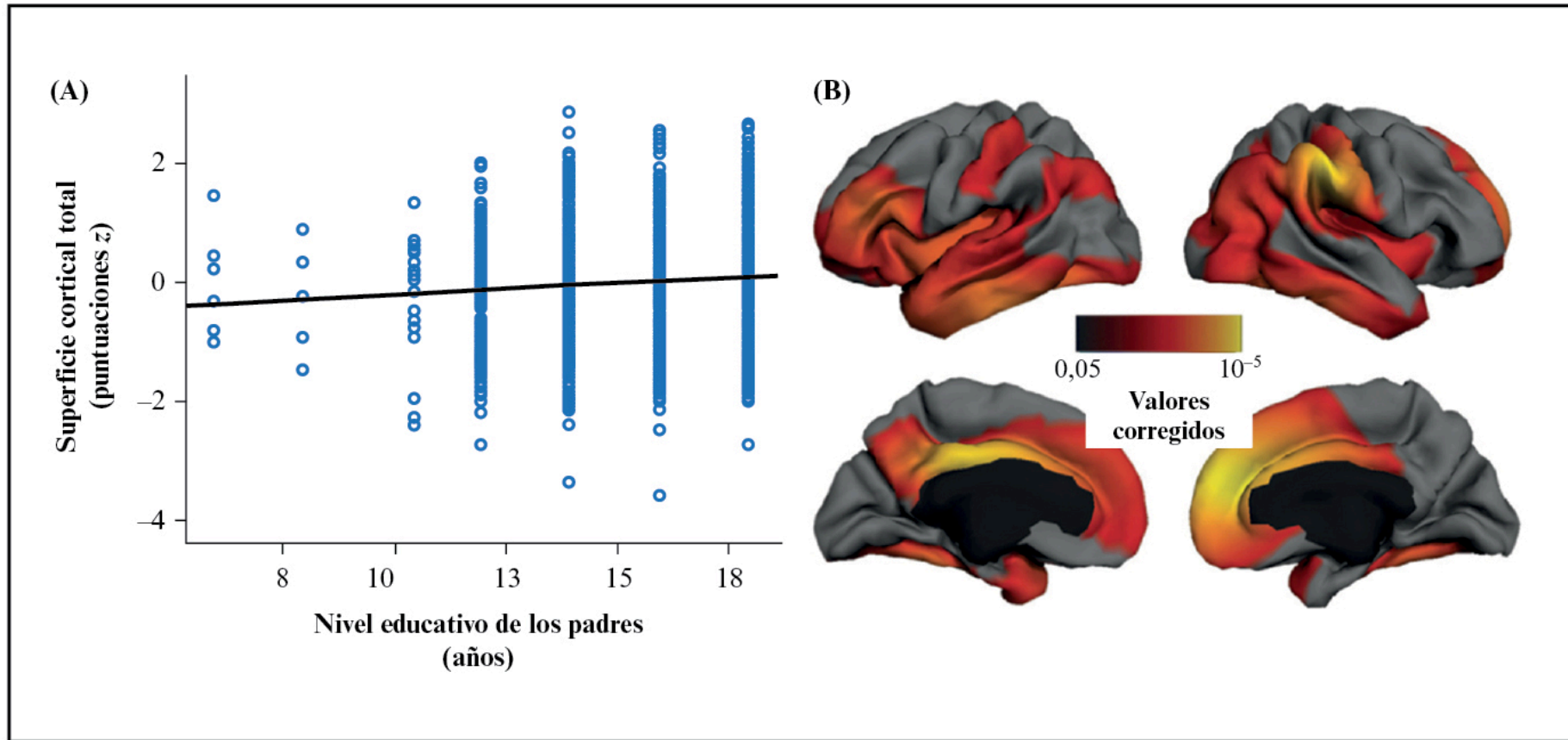


Figura 19.9**.—El nivel educativo de los padres se asocia a la superficie cortical ($N = 1.099$). (A) La regresión múltiple demuestra la asociación de ese nivel educativo de los padres con la superficie cortical total de sus niños en una serie de regiones. (B) Las regiones en las que se identifica esa asociación: hemisferio izquierdo (lóbulo temporal, frontal inferior, orbitofrontal y precúneo), hemisferio derecho (temporal medio e inferior, giro supramarginal, frontal medio y superior) y regiones bilaterales (giro fusiforme, polo temporal, ínsula, frontal superior y medio, corteza cingulada, parietal inferior, occipital lateral y giro postcentral (Noble et al., 2015).

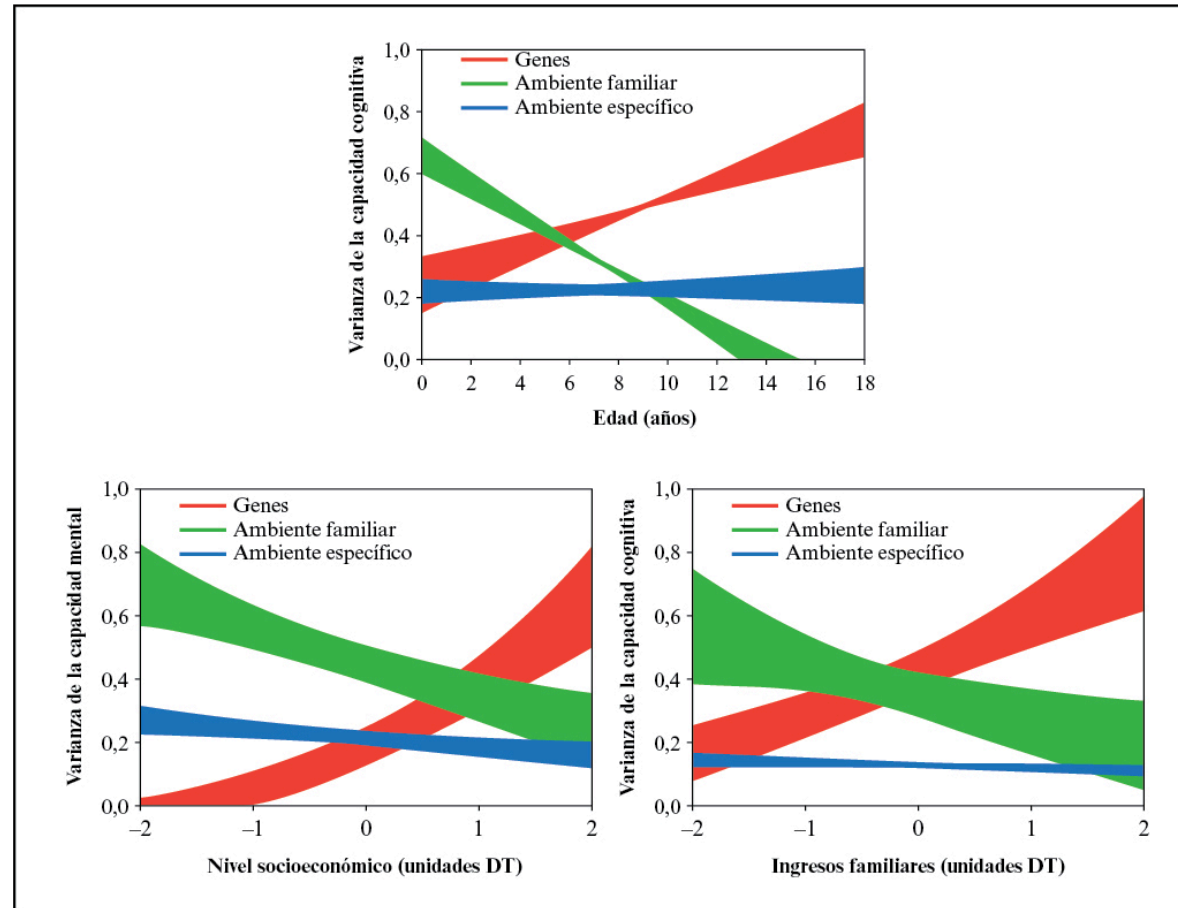


Figura 19.11**.—Panel superior: la contribución de las diferencias genéticas a las diferencias de inteligencia aumenta con la edad (efecto Wilson), mientras que se reduce la del ambiente familiar y se mantiene estable la del ambiente específico. Algo similar sucede al comparar a los individuos según el nivel socioeconómico de sus familias (panel inferior izquierdo) e incluso al considerar los ingresos familiares (panel inferior derecho). Los modelos transaccionales sobre el desarrollo cognitivo sugieren que los individuos que viven en contextos con mayores oportunidades evocan y seleccionan activamente, según sus disposiciones genéticas, las situaciones que promueven el aprendizaje. Esas experiencias de aprendizaje influirían, a su vez, en su desarrollo cognitivo. Los procesos de transacción explicarían el aumento de la influencia con la edad, que se atribuye a la genética, pero que sería, en realidad, resultado de la conexión genes-ambiente (Tucker-Drob et al., 2013).